

Por **Luz Marina Rincón**
Martha Isabel Bogotá
Luisa Fernanda Sabogal
Elvia Vargas

De “rumba” por Bogotá

Este artículo resume la experiencia realizada por un grupo de docentes, que escogieron la ciudad como espacio educativo, para la formación de ciudadanos y ciudadanas con espíritu participativo a través de la realización de talleres con estudiantes de sexto grado.

En 1996 un grupo de docentes del Colegio Distrital Atanasio Girardot, de la jornada de la tarde, preocupados por la deserción, la apatía y el desinterés de los estudiantes frente a lo académico, planearon un trabajo diferente que, además de resolver esta problemática, lograra persuadir y atraer a los alumnos de la institución. En 1997 empezaron el trabajo con el aval de la actual rectoría. El objetivo era cambiar algunas prácticas del colegio, especialmente en el ámbito organizativo, e implementar una nueva asignatura llamada **Taller Pedagógico Integrado (TPI)** que se desarrollaría los miércoles durante toda la jornada de los grados sexto.

En los TPI se programaron actividades para realizar dentro y fuera del colegio, como video-foros, talleres de ciencias, modelados en plastilina y arcilla, cuentería, visitas a museos, al barrio **La Candelaria**, a diversos parques de la ciudad y a piscinas. Durante cuatro años se optimizó el desarrollo de los TPI en su aspecto operativo, se disminuyó la deserción y por ende creció notablemente la acogida de los estudiantes y maestros hacia su colegio.

Esta experiencia nos permite afirmar que la institución escolar es el ambiente propicio para formar a los nuevos ciudadanos y ciudadanas. Además pudimos descubrir que existen en estudiantes y maestros ciertos imaginarios de ciudadanos, que privilegian concepciones legalistas basadas en una visión del Estado paternal donde el sentido y significado de la ciudadanía como constructores activos de la sociedad está ausente.

Esta afirmación nos condujo a interrogar el papel que está cumpliendo la institución en la formación de sus estudiantes, especialmente cuando se les presenta una alternativa educativa basada en la cultura ciudadana. Nos interesaba saber si en realidad se dan transformaciones en las diversas formas de asumir la ciudadanía, o si sencillamente lo que se hace es continuar reproduciendo esquemas donde se forman personas desconocedoras de

deberes y derechos, incapaces de participar en la construcción de la ciudad y de la sociedad donde quieren vivir. Ayudaba a complementar esta hipótesis, verificar si además de identificar estas tendencias de formación se podían reconocer las dificultades implícitas durante el desarrollo de la experiencia.

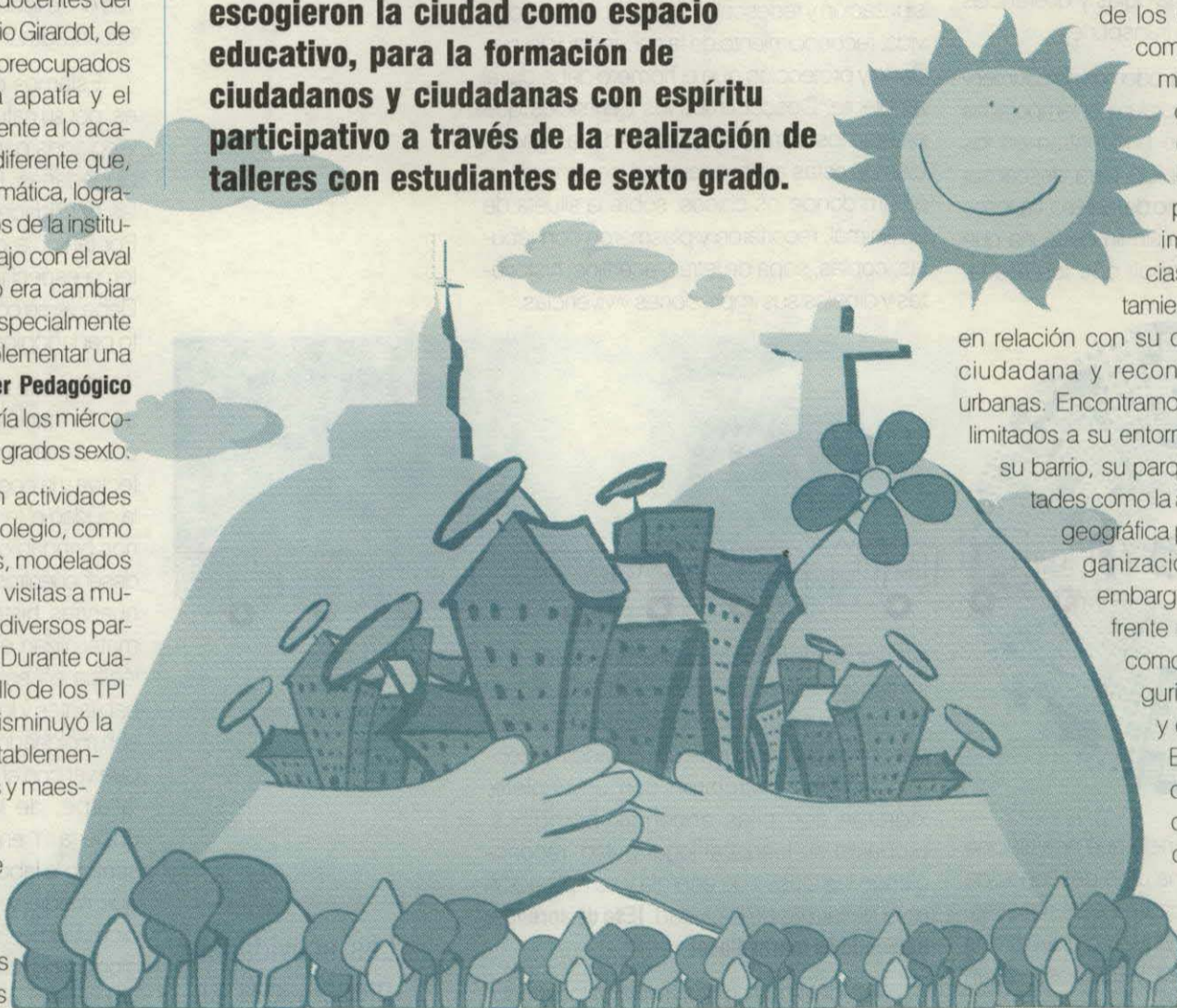
La experiencia obtenida durante la primera etapa nos sirvió para realizar algunos cambios este año, de manera que les dimos a los TPI un giro para centrarlos en la cultura ciudadana. Un grupo de docentes inició el proyecto **Bogotá nuestra ciudad, centro de los procesos de formación ciudadana**, dirigido a 160 estudiantes de grado sexto, de los estratos uno y dos. Organizamos seis módulos temáticos

con una duración de seis semanas. Estos módulos los denominamos así: Moverse en Bogotá; La ciudad y la vida animal; El verde de la ciudad; Patrimonio histórico de la ciudad; La energía de la ciudad; Las basuras y los residuos de la ciudad.

Al iniciar el trabajo se realizó un diagnóstico orientado a identificar problemáticas tanto de los niños y de las niñas, como de los maestros, las maestras y la organización escolar frente a la educación urbana. Este diagnóstico nos permitió explorar los imaginarios, experiencias, actitudes y comportamientos de los estudiantes en relación con su ciudad, con la cultura ciudadana y reconocer problemáticas urbanas. Encontramos en ellos imaginarios limitados a su entorno inmediato: su calle, su barrio, su parque, etc, y otras dificultades como la ausencia de una lógica geográfica para comprender la organización de la ciudad. Sin embargo, vimos cierta claridad frente a problemas sociales como el desempleo, la inseguridad, el maltrato infantil y el manejo de basuras. En relación con el concepto de ciudadanía y cultura ciudadana, encontramos que falta conciencia frente a la participación del sujeto en la solución de sus problemas.

Los imaginarios de ciudad de los docentes y el conocimiento de la problemática urbana es amplio; pese a ello, fue necesario un proceso de lecturas y reflexión colectivas para poder pasar de la perspectiva legalista, sujeta a la norma no concertada y a la obediencia que es lo que se reproduce en la escuela, a una perspectiva desde donde se piense en la formación de nuevos ciudadanos como sujetos participantes y constructivos en el mejoramiento de su entorno sociocultural. Un proceso que se comienza a gestar desde la infancia y que, según Antoni Colom, es aquel según el cual el sujeto aprende y aprehende la ciudad, la conquista y se identifica con ella para participar en su construcción.

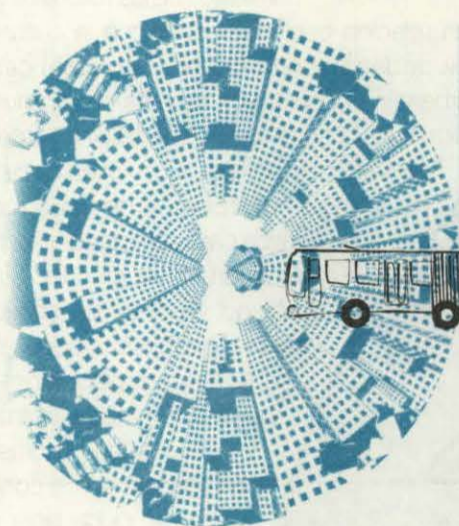
Se plantea un trabajo que resuelve la deserción, apatía y desinterés de los estudiantes frente a su entorno académico.



Las posibilidades del Taller Psicopedagógico Integrado

La ciudad como elemento de estudio proporciona innumerables situaciones que pueden ser aprovechadas para conocerla, disfrutarla, recorrerla, quererla, explorarla y beneficiarse de ella. En esta medida, las actividades presentadas en cada módulo permitieron a los estudiantes ubicarse en un tiempo y en un espacio tanto en su colegio como en su ciudad, recorrerla en Transmilenio, no sin antes haber conocido, a través de lecturas y de experiencias propias, el tranvía arrastrado por mulas, el mecánico, las chivas, los trole-buses, los buses, las busetas y los automóviles, para poder así establecer analogías y diferencias con la nueva opción de transporte.

Descubrir que Bogotá, además de pavimento, tiene sitios donde se instalan por temporadas innumerables aves que encuentran en los humedales un sitio propicio para descansar antes de emprender el vuelo de regreso, traviesos roedores, batracios y un sin fin de fauna que contrasta con la metrópoli que los rodea.



Esta fue una nueva vivencia que nos alucinó y nos colocó frente a una urbe desconocida hasta el momento para cada uno de nosotros. Igualmente, en el Jardín Botánico disfrutamos la diversidad de la flora y vivimos por un momento las diferentes características climáticas, respiramos el aire puro del parque Simón Bolívar e interiorizamos el respeto por el espacio público y las zonas verdes de la ciudad. Así mismo compartimos algunas estrategias para su conservación.

Cuando paseamos por la Bogotá antigua, descubrimos en los museos la historia desconocida, admiramos su arquitectura, escuchamos en el Chorro de Quevedo la historia de sus antepasados, alimentamos las palomas en la plaza de Bolívar, mientras reconocíamos

la importancia de los sitios y de los habitantes que alberga **La Candelaria**. Todas estas imágenes las plasmaron los niños y las niñas en coplas, en murales; y en plastilina, donde moldearon la imagen que iban construyendo de su Bogotá querida.

A esta altura del proyecto nos pareció necesario confrontar la ciudad con el campo, pero consideramos que hablarles de lo rural a jóvenes que han vivido en la ciudad resultaba muy abstracto; por lo tanto optamos por llevarlos a un sitio donde podían entrar en contacto directo con la realidad, y qué mejor para esto que una granja experimental. La vivencia en la granja, además de la integración de saberes, permitió a los niños y a las niñas disfrutar de una jornada donde hubo alegrías, conocimientos, asombro por la naturaleza, sensibilización y redescubrimiento del amor por la vida, reconocimiento de la necesidad del cuidado y protección que el hombre debe dar al ambiente. Descubrimos los beneficios que prestan los animales a la ciudad. La concreción de estas experiencias se lograron en un álbum donde los chicos, sobre la silueta de un animal, recortaron y plasmaron con fábulas, coplas, sopa de letras, acertijos, historietas y dibujos sus impresiones y vivencias.



Siguiendo la premisa de que aquello que se experimenta no se olvida, los llevamos al laboratorio. Allí algunos construyeron aeroplanos, otros las hélices de un atrevido helicóptero, y otros disfrutaron con un ringlete; lograron con pilas encender bombillos, probaron su fuerza al jugar pulso, reconociendo las clases de energía y su aplicación en el desarrollo de la ciudad. **¡Eso de aprender haciendo es maravilloso!**

A medida que se desarrollaron los módulos, observamos como se iban ampliando los imaginarios de niños y niñas. Mientras iban conociendo y aprendiendo la complejidad de Bogotá, sus actitudes y comportamientos se fueron modificando. Por ejemplo, en las primeras salidas, los niños y las niñas abordaban los buses de una manera desordenada y atropellada, peleaban por los puestos, sacaban la cabeza por las ventanas, arrojaban papeles al piso. Al llegar al lugar de visita, pretendían entrar todos al mismo tiempo. Cuando hacíamos los recorridos urbanos no había forma de hacerlos caminar por los andenes, ni cruzar por las cebras o los puentes peatonales; en fin, conductas cuyo origen podríamos atribuirlos a la falta de oportunidades para conocer la ciudad, debido probablemente al medio socio económico de donde provienen.

La ciudad como escenario para formar ciudadanos y ciudadanas

Es extraordinario verlos ahora caminando, hablando, comentando entre ellos las conductas que deben seguir como peatones y como visitantes en parques, museos, barrios, instituciones, etc. Los avances cognoscitivos son evidentes. Los vemos interrogar a las personas, buscar información sobre el lugar que visitan o la temática del módulo que realizan. Los trabajos que elaboran en el aula, en donde desarrollan competencias socioafectivas, especialmente las que se requieren para trabajar en equipo, demuestran que han aprendido a concertar, conciliar y buscar alternativas entre todos para aunar esfuerzos por una causa común.

Estamos convencidos de que la ciudad es, por su naturaleza, uno de los espacios privilegiados para formar nuevos ciudadanos y ciudadanas. Es aquí donde se incrementan las habilidades y competencias necesarias. Por tanto, la ciudad debe convertirse en un tema específico y transversal de la escuela. Debe verse como un espacio ideal, un pretexto pedagógico, un medio excelente.

El aporte fundamental que la ciudad hace a la formación ciudadana tiene que ver con dos dimensiones de la persona: la socioafectiva y la cognoscitiva. La primera porque es la ciudad el territorio donde vivimos, donde se nos brindan oportunidades de encuentros y desencuentros, de éxitos y de fracasos, porque nuestras historias de vida y proyectos se materializan en ella. Existe una relación dialéctica en esto: la ciudad se parece a sus habitantes y los ciudadanos y las ciudadanas son moldeados por ella. Lo cognoscitivo tiene que ver con el conocimiento de las lógicas de la urbe, de las complejidades que esta encierra. Y en esta relación adquiere mayor sentido la labor pedagógica, en la medida en que medie y contribuya a configurar, como dice Jaime Trilla, una imagen más objetiva, global y profunda de la imagen de ciudad que se quiere construir.

Si conocemos la ciudad y la interiorizamos, entonces la amaremos y participaremos activamente en su construcción.

Las actividades presentadas en cada módulo permitieron a los estudiantes ubicarse en un tiempo y en un espacio tanto en su colegio como en su ciudad

INNOVACIÓN

No. 33 Febrero-Marzo de 2002

AULA Urbana 33

6

Este artículo está basado en una investigación apoyada y financiada por el IDEP, según convocatoria 003 de 2000 para el Colegio Distrital Atanasio Girardot JT y realizada por Luz Marina Rincón, investigadora principal, y Martha Isabel Bogotá, Luisa Fernanda Sabogal y Elvia Vargas, coinvestigadoras.